

EL HOMBRE ESDRÚJULO

El Hombre se desvela antes de escuchar la alarma del reloj. En su cabeza ha visualizado que el sonido del despertador sucedería en breve; y para que el desagradable ruido no lo perturbase una vez más, decidió activar la mente antes de que eso ocurriera. Se incorpora contento sobre la cama lleno de vitalidad y humor. Observa con parsimonia, y de izquierda a derecha, el dormitorio del apartamento donde nada falta y todo está en orden: el rayo de sol sobre la foto, la ligera brisa moviendo los visillos transparentes, el techo blanco y vacío, el libro caído a los pies de la cama y hasta su mujer que, soñolienta, da un fuerte manotazo sobre el despertador al sonar la alarma. Sorprendido por la estabilidad plácida y permanente en la que se han convertido las mañanas de su vida en pareja, reflexiona sobre su despertar: «Preveo las cosas por venir, puedo controlar el tiempo, siento una alarma interior que me avisa antes de que las cosas ocurran». Concluye que esas señales, que le vienen avivando con antelación las últimas semanas, son evidencias definitivas de que está capacitado para dominar el futuro inmediato.

Excitado, agita el cuerpo de su mujer y con un discurso endiablado transmite la extraña sensación que le carcome por dentro. La mujer, tras descodificar las explicaciones, dice que, seguro, estaba dormido antes de que sonara el despertador, que lo que ha hecho es retrotraer el pensamiento al pasado como si fuera un tiempo futuro, justo en el momento exacto de escuchar el timbre, que no es al primero que le ocurre una cosa así y que la deje en paz que quiere dormir cinco minutos más. El Hombre, con la mirada perdida en el techo y congelado en una sonrisa constante no escucha, no sale de su asombro. Está súper convencido de los poderes adquiridos y como tal ha de sacarles provecho que para eso le han llegado.

Corre a la ducha. Trata de descifrar los por qués bajo el potente chorro de agua fría que tanto le gusta. Agarrota el cuerpo, se estira, grita. Quiere asegurarse que no está soñando. Necesita captar la esencia de qué es lo que le ha convertido en un hombre nuevo. «Interpretar o adivinar el porvenir está muy bien, sí; pero: ¿para qué sirve si no soy capaz de prever más allá de 5 o 10 segundos, si no puedo aprovechar estas visiones para actuar contra esta sociedad injusta y ser reconocido, por fin, como el ser especial que siempre ha sabido que soy o, por qué no sacar dinero extra adivinando números de loterías o sorteos?» Su clarividencia es un zig-zag disparatado de actividad reflexiva, su raciocinio se desplaza veloz de un pensamiento a otro, de un recuerdo a otro, de un mensaje a otro, de una teoría a otra. De pronto, frena. Considera, ultima y concluye que está en posesión de la verdad. Y lo remata con una certeza: si a la hora de hablar lo hace solo con palabras esdrújulas o esdrujuleando el lenguaje, conseguirá, seguro, arañar segundos y hasta minutos a sus predicciones, adelantarse más aún al correr implacable del tiempo. Rumia en su interior: «La explosión de las

palabras esdrújulas me hará ir por delante de todo y de todos.» Mira absorto la caída del agua de ducha, una ametralladora de ideas. «Me dedicaré a esdrujulear mi vida. Compondré un lenguaje fonético nuevo. Mi ritmo de conversación ha de ser, siempre, el más rápido. Mis palabras han de salir antes que mis pensamientos. Tengo que ganar la batalla al futuro, situarme delante de él». Las duras gotas de agua fría golpean su rostro. «Sí, y están las sobresdrújulas. ¡Que rotundidad! ¡Cuánta belleza! ¡Crearé nuevas palabras, nuevos fonemas, y al hablar, acentuaré, siempre, la primera sílaba, sea cual sea el sonido articulado que venga a mi cabeza, sea comprensible o no!»

Sobreexcitado sale de la ducha y se viste de ciclista. Hoy toca la larga ruta de entrenamiento semanal por una enorme extensión de campo primaveral cercano a su casa. Allí se presenta el Hombre, en un radiante entorno de esplendor natural rebosante de insectos y flores, para buscar la inspiración total a su nueva realidad profética y esdrújula. Mientras pedalea al ritmo agotador de siempre compone en la cabeza poemas turbadores. Hace una parada en lo alto de una colina. Toma resuello y descansa. Otea tranquilo el horizonte y con el móvil frente a los labios grita abiertamente:

*Él campo, ábiero, sóleado, bónito;
gírasoles, trígales, árboles.
Óhmiamor, vénami,
TÉDESEO, JÚSTOAQUI,
¡¡¡CÓNMIGO!!!*

Detiene sus gritos de satisfacción, escucha lo grabado y continúa radiante la ruta ciclista. Pero una repentina y dura caída, que rasgan el culotte y su dignidad, y un fuerte chubasco sorpresa le hacen regresar asustado y herido a casa. Siente cómo el poder adivinatorio, en pleno desarrollo mareante en su cabeza, empieza a pesar y le oscurece la mente con pequeñas dosis de desazón que le hacen temblar. Sentado frente al escritorio quiere transcribir con urgencia sus bellas odas líricas creadas a lomos de la bicicleta, quiere aprenderlas de memoria. Necesita iluminación y entusiasmo para su nueva capacidad. Pero se reconoce cerca de dar un paso definitivo en su vida y a veces, solo ve un feo abismo de depresión ya experimentado en otras ocasiones. Tiene miedo a recaer en el vaivén ridículo de amor y desprecio o de alegría y dolor por la vida y por todos los seres vivos que hasta hace poco desolaron sus pensamientos. En vez de transcribir las grabaciones del móvil al ordenador, una voz espeluznante sale de su garganta y recita:

*Íncubo, Sícubo,
díscula mórbida,
Vénidami, Vénidaqui,*

*mániaticos, pátéticos,
¡ÉSTUPIDOS PÁNICOS!*

Tras el grito queda en silencio y con los ojos cerrados. Medita y respira, driblea los pensamientos negativos y elige: da el Paso. Desea el Amor, fundirse de verdad en su nuevo espíritu profético. Abre los ojos y vuelve a la carga literaria. Cree que a pesar de que los poemas son pésimos, ese ritmo esdrújulo en habla y pensamiento le inspiran la sabiduría necesaria para apuntalar la recepción de pre-visions del futuro. Y siente además, que necesita tiempo para estudiar el privilegio del vaticinio, tratar de controlarlo y que no le controle a él. Decide abandonar temporalmente el trabajo para ahondar. Esto le lleva a una fuerte discusión con su mujer.

El Hombre Esdrújulo ve por televisión un documental de colibríes. Los movimientos centelleantes de sus alas le fascinan. «Van por delante del tiempo. ¡Sensacional!» En su cabeza se suceden visiones de rayos, chispas, luces a velocidades supersónicas que unen puntos, que forman tramas, madejas, enormes constelaciones de juicios y sentencias que le proporcionan nuevas teorías, nuevos caminos, puertas de percepciones y mensajes futuros.

El Hombre Esdrújulo acude a ver una obra de teatro medieval donde disfruta con la dicción exagerada y rimbombante de los actores. El engolamiento y la pretenciosidad de los diálogos influyen rotundos en su nueva y brillante manera de hablar, en la forma de atacar y gruñir una sarta de palabras inéditas que llegan veloces a su cabeza. Es un pez nadando tras un infinito mar de palabras esdrújulas colocadas en fila, tragadas y atraídas, todas ellas, por el imán de su enorme boca mental. El Hombre es pura explosión al pronunciar y declamar con los razonamientos y la comunicación esdrújula, gasolina con la que comienza a prever situaciones banales: el olvido de dinero antes de salir de casa, la caída de una persona mayor antes de atravesar un paso de cebra, la muerte del embrión de la tercera fecundación in vitro de su mujer.

El 30 de diciembre de 2012 despierta mareado y a medianoche con la imagen nítida de un dictador sudamericano instantes antes de expirar. Unas palabras se repiten en su cabeza: «No quiero morir, no me dejen morir.» Y una última exhalación. Comenta a su mujer el mensaje recibido. Sin embargo, la muerte oficial del dictador se certifica dos meses más tarde. Aturdido, el hombre busca una respuesta a la mala interpretación del presentimiento. Cree que el retraso de la muerte fue producto de una conspiración contra su poder y además, fue mantenida en secreto ante la posible alteración del orden público. La mujer le enseña la última foto del dictador a comienzos de febrero leyendo el diario Gramma en un hospital de la Habana. El hombre enfadado, replica:

—¡Photoshop, Méntira, Méntira, Súciamentira!

La madrugada del 17 de abril de 2014 ve cómo el bigote grisáceo de Gabriel García Márquez recibe su último aliento. Dice a la mujer medio dormida:

—Gábelgarciamarquez, muertoesta.

A las 14.35 de mediodía es anunciado el fallecimiento.

El 7 de enero de 2016, ven por televisión el video de la canción "Lazarus" de David Bowie.

—Óbviamente, désencripto túmensaje, Déividbowie muértoestaya.

La mujer dice que la deje en paz, que no le hable más en esdrújulo, que se está volviendo loca, que va a acabar por no entender nada. Le echa en cara que solo vea muerte en sus predicciones de futuro y ,¡oh casualidad!, de gente famosa y conocida.

—¡Méntira, méntira!— grita el hombre.

Ella replica que la vecina del 5º murió hace dos semanas y no dijo nada.

—Sólome lléganlas noticias fámosos.

Dos días más tarde, se comunica el fallecimiento oficial de Bowie. La mujer piensa que todo es casualidad, que los muertos estaban señalados por el cáncer. Sin embargo, el Hombre Esdrújulo trasciende definitivamente, está en otra órbita, tocado por el poder de la predicción y avanza a ráfagas por su nueva vida: un paso por delante de todos, iluminado física y mentalmente.

Las predicciones del Hombre Esdrújulo empiezan a ser conocidas entre los amigos de la mujer. Los suyos lo han abandonado. Predice el despido definitivo de su trabajo: al día siguiente recibe el finiquito. En el barrio es reconocido por su peculiar manera de hablar: todos se ríen en su cara. Asustado, el Hombre se mueve por la calle a saltos, temeroso, huidízo. Es una mosca volando de un árbol a otro, de una farola a otra, de un semáforo a otro, siempre escondido, guardando las espaldas, huyendo de los ojos de la gente.

Un día del mes de abril, caminando por la calle con sombrero, gafas de sol y el cuello de la chaqueta levantado, topa con el cartel de una mujer en pose sensual y vestida de flamenca. Sobre ella la palabra: Primaverizate, sin tilde. El Hombre Esdrújulo comienza a gritar.

—Nópuedeser, Nópuedeser. ¿Dónde esdrujula? ¿Dónde? ¿Dónde? Cóntaminación. Málversacion. Córrpcion.

Una pareja de señores, algo mayores, se paran a su lado y dicen en voz alta.

—Che, víste Eulalia, este comersial está en argentino. ¡Primaverisaate! ¡Qué lindo!

—Sí, Gustavín. Es reliiindooo.

El Hombre los mira horrorizado, tiene arcadas, bufa, se acerca a ellos. Con voz mecánica repite:

—¡Méntira! ¡Méntira! ¡Prímaverizate! ¡Prímaverizate!

Se produce una pequeña contienda verbal entre las sonoridades esdrújulas del Hombre y las agudas-llanas de la pareja. El hombre se impacienta, habla en voz alta, se remueve nervioso. La pareja ríe repanchingada en su bonhomía, acaricia la espalda del hombre que se tapa las orejas con los dedos mientras hace blah, blah, blah con la boca. Al final, sale huyendo del lugar.

—Che. ¿Qué víiste de malo en esa cartelería? ¡Quedáte!... ¡Adiosito, pibe!

Regresa a casa. La contaminación de palabras agudas y llanas ha sido excesiva. Se siente pequeño, desamparado, hastiado. Trata de visionar algo del futuro, una nueva revelación que llegue a la mente pero no ve nada. Sus movimientos son violentos, como si tuviera calambres. Empieza a tirar libros, cuadros, jarrones, utensilios de cocina. La mujer entra al piso alarmada por el alboroto que ha escuchado nada más salir del ascensor. El marido está tirado en el suelo convulsionando. Logra sentarlo y apoyarlo contra la pared. El Hombre habla tan rápido que solo dice las primeras sílabas de cada palabra. La velocidad de reacción y pensamiento es inusual. No hay quien lo entienda.

Una semana más tarde el Hombre Esdrújulo continúa en la cama enroscado entre las sábanas. Está dormido. Las pastillas han conseguido calmar el cuerpo y ralentizar la mente. La mujer aprovecha para ir a la farmacia y reponer los medicamentos. El Hombre se despierta al oír el cierre de la puerta. Levantado de la cama, decide seguir los pasos de su mujer vestido en pijama. Cree, y sabe, que ha perdido el poder; quiere recuperarlo a toda costa y en casa es evidente que no está. Mientras vigila a la mujer en la distancia, el cuerpo se retuerce en espasmos y extraños pensamientos culebrean por la cabeza. De pronto, pierde de vista a la mujer y entra a un parque. Abraza un árbol, luego otro y otro y otro. Coloca la oreja sobre los troncos, escucha los pasos del suelo, el piar frenético de los pájaros. Busca dónde recibir algún tipo de mensaje. Nada le llega.

Contrariado, el Hombre decide salir del parque, atraviesa una calle y de pronto, siente un fuerte empujón y vuela. Está contento. Sin saber cómo, cree estar viajando en el tiempo, aunque esta vez es para atrás, hacia el pasado. Sabe, y está seguro, que este trayecto es solo un impulso para saltar al futuro y retomar su poder visionario. ¡Un paso atrás, dos adelante! Durante el corto vuelo recuerda a los padres, su infancia, el colegio, el primer amor, la mujer, los hijos no nacidos. El sueño se desvanece con un *catacroc*. Abre los ojos y ve a su mujer en una imagen vaporosa llorando desesperada. No escucha nada, tan solo un pitido agudo que va disminuyendo de volumen. Cierra los ojos, cierra la mente, la conciencia funde a negro y el pitido desaparece definitivamente.

La cabeza del Hombre Esdrújulo está ensangrentada y apoyada en las manos de la mujer. Un enfermero cierra los párpados. Los últimos pensamientos del Hombre, los detalles del rápido paseo por la memoria han sido visualizados por La Mujer al mirar más allá de la profundidad de los ojos

del marido, antes del respiro final. Ahora es ella la que está triste y desamparada. No da importancia a las imágenes que acaba de ver. Era la historia de su marido mil veces contada, sí, pero las ha percibido como si viera una película. La Mujer busca consuelo en el enfermero que la mantiene en pie mientras llora desconsolada. Clava la mirada en los ojos de éste y en un flash de dos segundos, recibe otra historia de vida: primeros pasos, la sonrisa de una madre, el estetoscopio de juguete, el primer día de escuela, la universidad, la sirena de ambulancia. Asustada, se deshace del enfermero y vuelve la mirada a uno de los policías que también la atienden.

—¿Qué ocurre, señora?

En los ojos de éste contempla otro relato visual: primeros pasos, coche de policía de juguete, carreras tras manifestantes con la porra en la mano.

—¿Necesita ayuda? ¿Señora?... ¿Señora?

La Mujer huye corriendo del lugar.

JB 2016